



JERÓNIMO TRISTANTE

VÍCTOR ROS

Y LOS SECRETOS
DE ULTRAMAR

algaida



Primera edición: 2021

© Jerónimo Tristante, 2021

© Algaida Editores, 2021

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-494-0

Depósito legal: SE. 252-2021

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Madrid 1885.....	9
Hermenegildo de las Heras.....	16
Amantes.....	25
Juan Abásolo.....	37

VÍCTOR ROS Y LOS SECRETOS DE ULTRAMAR

María Fuster.....	47
El café de San Nicolás.....	56
Espías.....	67
Cuba.....	75
El Soledad.....	87
El puerto.....	95
El Baúl.....	102
El plumilla.....	114
Zorita.....	124
La Albertos.....	132
El ataque.....	142
Un hacendado.....	150
El hotel Madrid.....	161
El museo.....	170
El horno.....	181
Khnumakht.....	190
Lola.....	198

Hutchinson.	208
Los voluntarios.	217
Unos huesos.	226
Una bala.	233
El sarcófago.	240
Otro asalto.	248
Williams, el científico.	256
Una gallina.	265
Matasanos.	274
Cuatro Vientos.	281
El viaje.	290
El camino.	297
Escambray.	306
Mari Paz Martínez.	317
La hacienda.	324
La jungla.	331
Un fantasma.	339
Zorita II.	346
Un río.	353
Restos.	361
DOS SEMANAS DESPUÉS	
Las Jacarandas.	371
Los hijos del general Zúñiga.	378
El embajador Atkins.	386
Periódicos.	395
EPÍLOGO	
Nueva York.	403
Madrid.	408
ADENDA.	417

MADRID 1885

SON LAS CINCO DE LA TARDE Y VÍCTOR ABANDONA SU DESPACHO en las instalaciones del Ministerio de la Gobernación en Sol, visiblemente cansado. Ha tenido un día duro: gestiones varias, de tipo administrativo, a primera hora de la mañana, de las que no gustan a un policía de verdad; almuerzo con el ministro que, como siempre, exige resultados a cambio de un presupuesto que nunca aumenta y luego, vuelta al papeleo para terminar con una tediosa reunión con los comerciantes que se quejan del incremento de la actividad de los carteristas en la zona centro de la ciudad.

Cuando sale de las instalaciones del Ministerio en la Puerta del Sol sube de un salto a su coche y ordena a su cochero, Arístides, que le lleve a casa lo más rápido posible. Pronto oscurecerá y quiere jugar un rato con los niños, Víctor y Clarita, que crecen por momentos, así como repasar un tanto las tareas de Eduardo, que está hecho un hombre.

Víctor se siente cansado.

Contempla por la ventanilla el trasiego de paisanos por la carrera de San Jerónimo y conviene que Madrid está cre-

ciendo mucho, demasiado para su gusto. Le cansa el papeleo, las cuestiones burocráticas, que si horarios, disposiciones ministeriales y todas esas zarandajas con las que no tenía que lidiar cuando era un simple detective. La Brigada Metropolitana cosecha buenos resultados y han tenido que crear una sección en Barcelona.

Hasta sus jefes han tenido que reconocer que esa idea, que muchos prejuizaban mezquina, de colocar agentes de paisano en áreas urbanas funciona y funciona bien. Y es por ello que ahora, cada dos semanas, le toca pasar tres o cuatro días en Barcelona lejos de su familia.

Comienza a pensar que todo aquello le viene grande. Él es un sabueso, simplemente eso. No un burócrata ni un político.

Mira por la ventanilla a la altura de la fuente de Cibeles y observa a una vieja vestida de negro, arrebuada bajo una inmensa toquilla negra, la España de siempre, que vocifera su letanía intentando vender castañas.

Entonces repara en que acertó de lleno al trasladar el domicilio familiar a las afueras. Clara no estaba de acuerdo pero él fue consciente desde el principio de que esos terrenos, que quedaban entre el hipódromo y la zona más alejada del paseo de la Castellana, eran el lugar ideal para construir una casa amplia, moderna y de dos alturas, con extenso jardín y rodeada de huertos.

Un lugar de descanso a un paso del centro de Madrid, la capital del Viejo Imperio que se deshace como un azucarillo, que pasa a mejor vida más rápidamente de lo que parece sin que los que están al mando se den cuenta de que luchan contra lo inevitable.

En apenas un par de años ya le han ofrecido el triple de lo que le costó su vivienda. Son muchos los burgueses y aristó-

cratas que han comenzado a poblar la zona, a construirse casas similares e incluso mansiones, huyendo de las estrecheces y la insalubridad que comienza a causar la superpoblación del casco viejo de la ciudad.

Cuando llegan al Portillo de Recoletos, a un paso de la residencia donde Galdós concibió los *Episodios nacionales*, Víctor repara en que ha llegado muy lejos en la vida, más de lo que nunca pensó cuando era apenas un chaval ambicioso. Añora su época de subinspector, cuando volvió a Madrid tras el asunto de Oviedo. Recuerda al joven visionario, idealista y algo engreído que pululaba por Madrid, frecuentando los bajos fondos, transitando por los grandes salones, persiguiendo criminales y labrándose un futuro. Ahora, ese futuro, las responsabilidades, llegan a asfixiarle. Por eso Clara y los niños, los pequeños placeres de la vida doméstica, sus libros y el pequeño laboratorio que se construyó en el sótano son su relajo, ese momento perfecto que ansía llegue todos los días al final de la jornada.

—Don Víctor, hemos llegado —dice Arístides bajando de un salto del pescante para abrir la portezuela al detective.

VÍCTOR ENTRA EN CASA Y SE SIENTE RECONFORTADO AL PERCIBIR el calor de su hogar. Milagros, la última de las criadas en entrar a servir en casa de los Ros, lo ayuda a quitarse el abrigo y toma su sombrero, sus guantes y su bastón para colocarlos en el ropero que, a tal efecto, dispusieron a la derecha del recibidor.

Clara aparece al pie de las escaleras, por la derecha, viene del salón de las visitas, el bueno.

—Hola, cariño —dice acercándose a Víctor para darle un beso.

Él sonrío cansado.

—¿Un día duro? —pregunta ella sonriendo.

—Duro, largo, aburrido... se me ocurren mil calificativos.

—Te he preparado un vermut con una pizquita de ginebra, con limón y algo de sifón.

Víctor Ros se para. Parece extrañado.

—¿Dónde están los niños?

—Arriba, con Nuria, los he mandado al desván a jugar con ella y con Teo.

Víctor sonrío. Muchos no entenderían que la señora de la casa enviara a sus hijos a jugar con el vástago de su criada. Recuerda aquella época, cuando investigó aquel sumario que la prensa bautizó como el caso de la Viuda Negra, días en los que su criada quedó preñada, y sonrío por la añagaza con que consiguió que Teodoro, su novio, se hiciera cargo y acabara casándose con la que luego fue madre de su hijo. Sonrío porque ahora no haría lo mismo. ¿Quién le mandaba meterse así en la vida de los demás? Él era así, quería cambiar el mundo. Teodoro, Nuria y su hijo, Teo, han tenido una vida feliz con ellos. Ella había seguido sirviendo en casa de Víctor y Teodoro se encargaba de las tareas más duras: la leña, las chimeneas, el jardín y los tejados. Eran parte de la familia. Pero ahora, más viejo, quizá no sería tan entrometido.

Clara observa a su marido, lo conoce demasiado bien.

—Y ahora... ¿qué pasa?

Él sonrío por toda respuesta.

—Dime, Clara, ¿dónde está el muerto?

—¿Qué? No te entiendo.

—El muerto, el cadáver, aquí huele mal. Me has preparado una bebida, has despachado a los niños... Es obvio que

me tiendes una emboscada. Lo normal es que a estas horas anduvieras en tus reuniones de sufragistas, conspirando en tus líos. Y estás aquí, esperándome, solícita, como esa esposa a la antigua usanza que no eres. ¿Dónde está el muerto? ¿Qué ha pasado? ¿Acaso te han vuelto a detener?

Clara estalla en una carcajada mientras toma a su marido del brazo y lo hace avanzar.

—No seas desconfiado.

Conforme van girando a la derecha obtienen una mejor visión del salón de visitas, con la amplia cristalera al fondo que ofrece una magnífica vista del jardín y Víctor comprende.

Una joven y un individuo entrado en la treintena se levantan al ver entrar al matrimonio. Ella es bella, de apariencia frágil, él de rostro anchote, viste enteramente de negro. Observa que una cruz, quizás demasiado grande, descansa sobre su pecho, encima de una discreta corbata color gris. Será un tipo religioso o eso le parece.

—Te presento a mi amiga Mariví de las Heras y a su hermano, Julián.

Víctor mira a su esposa con disimulo e intenta hacerle un gesto.

—Encantado —dice inclinando la cabeza para añadir—. ¿Nos disculpan un momento? Tendría que hablar con Clara.

El detective toma a su esposa por el brazo y la hace caminar para estupefacción de los dos visitantes, que quedan a solas en el inmenso salón. Cuando llegan a la cocina, Víctor se encara con su mujer ante la mirada atónita de Blasa, su cocinera de toda la vida:

—¿Y esto? ¿Ya estamos otra vez?

—No, Víctor, no.

—¿Quieres meterme en otro lío de tus amigas sufragistas? Querida, sabes que respaldo al cien por cien vuestras rei-

vindicaciones pero ocupo un cargo público ¡y en la policía nada menos! Cada vez que incumplís una ley, dais un escándalo u os detienen, me colocas en una situación hartó difícil.

—Tú dices siempre que para hacer una tortilla hay que romper unos huevos.

—Sí, sí, ¡y me parece bien! Entiendo que a veces tengáis que llamar la atención con vuestras «acciones», como tú las llamas, no me importa, pero entiende que yo no puedo inmiscuirme. Al menos públicamente.

—No se trata de eso.

—¿Qué?

—Mariví y Julián han venido a verte porque tienen un problema y queremos que los ayudes.

—¿Un problema?

—Sí, es un asunto misterioso, te gustará.

—Clara, cariño, no tengo tiempo y el poco que tengo me gusta emplearlo en mis cosas, mi laboratorio, leer, la familia... Encárgate tú.

—¿Yo?

—¿Acaso no recuerdas quién resolvió el caso de Oviedo salvándome la vida? ¿Quién fue mi ángel de la guarda en el asunto de Londres sin yo saberlo?

—Servidora.

Víctor enarca las cejas como diciendo «¿entonces?».

Clara le toma las manos.

—Mira, amor. Lo he intentado, pero es un pequeño misterio que tiene, en cierta medida, su encanto y no he logrado ver cuál es la clave. Hay un punto extraño que no sé cómo enfocar y tú seguro que podrías verlo con facilidad. Eres un profesional.

—Estoy muy liado, Clara.

Ella sonrío y ladea la cabeza como fingiendo asombro:

—¿No te quejas constantemente del papeleo y la burocracia?

—Así es.

—¿No eres tú quien dice sentirse enjaulado en su despacho del Ministerio de la Gobernación? ¿Quién me dice todos los días que echa de menos la investigación, seguir el husmillo de un buen caso? —Víctor sonríe, como diciendo «ahí me has cogido».

—Jaque mate —sentencia Clara Alvear tomando a su marido por la mano para encaminarse al salón donde aguardan los invitados.